

*SPAIN GO HOME:
pensamientos intempestivos
sobre el tema de
América en Galdós*

Gabriel Cabrejas

Por mucho que se explore en el corpus completo de Galdós novelista, las referencias a América durante el siglo crucial en que se suscitó la desintegración del Imperio como pérdida paulatina de las colonias de ultramar, virtualmente escasean; quizás los implícitos, la ausencia, adquieran en este contexto mayor significado que cualquier comentario histórico expreso. Habida cuenta de que nos hallamos ante un escritor comprometido con su tiempo, que, a la usanza balzaciana entrecruza sus propios conceptos sobre el devenir junto a los acontecimientos fictivos, queda claro que a través de sus relatos la independencia en cadena de las hoy naciones del subcontinente mestizo no afectaron la superficie de una metrópoli sacudida por sus intransferibles conflictos internos, la auténtica mutación institucional del absolutismo teocrático a la democracia parlamentaria o monárquica con su proteísmo multifronte y, en una *long durée* secular, el capítulo ulterior de una disputa radical: pasaje del feudalismo nobiliario a la burguesía de mercado que, culturalmente, impuso su controversia entre el *ius sanguinis* y la meritocracia liberal.

Se sabe que del **sueño** (o la pesadilla) **umbilical**, España sólo despertará cuando su flota sea desbaratada en Cuba frente a un enemigo **quijotesca** minusvalorado; no fortuitamente coincide el 98 con la etapa más pesimista de los **Episodios Nacionales** y la más esperanzada, pero fantástico-alegórica de las **Novelas Españolas**, que no niega la realidad pero decide superarla suponiendo una redención **asistémica** fuera del marco urbano-alienante de lo civilizado puro.

Habrà que aguardar, en definitiva, a la generación del 98 para localizar el **tema americano**: la del 68 tuvo al parecer otras preocupaciones. España subsistió al siglo XIX tratando de **reconquistarse**, en su insularidad europea, y el lastre transoceánico que abandonara con exiguo llanto para flotar en la lucha por la utopía (carlista por un lado, constitucional por el otro) la volverá a la conciencia solamente cuando otra isla -Cuba- dispare su shock a quemarropa contra su globo infatuado de falso orgullo. Entonces caerá bajo la metralla de un país joven y realista (USA) que suplantará su **big stick** con planes menos trasnochados. Y menos principistas.

1) Indianos eran los de antes

Sintetizando, España siglo XIX es «un cúmulo de infinitos pequeños sucesos...» donde no es fácil precisar la relación de causa a efecto y su historia, un «conglomerado indigesto... poco reducible al orden o a la unidad» (Comellas, 401). Las perpetuas mudanzas y conmociones constituyen el único fenómeno estable en el área política; el otro, en el área económica, es el ascenso de un renglón considerable del **pueblo** mediante los rudimentos estructurales del **factory system** y su comercio inherente. Este desequilibrio, entre dos hemisferios de la vida societal, alejará a la clase media, beneficiaria, de la política y a largo plazo politizará al estamento obrero, marginado **dentro** de esta realidad y, de a

poco, mayoritario. Se produce un conflicto que también divorcia a España de América y la relaciona con Europa: aumento de la riqueza productiva sin equidad, distanciamiento y fricción social, hechos ambos que sólo se suscitarán a comienzos de nuestro siglo en los países amerindios, pacificados y consolidados después de sus propias y prolongadas rencillas internas. Ocupada en la definición de su futuro, España colisiona con América, en la voz de Galdós, de modo tan esporádico como en la Historia, más allá de la evidente contienda libertadora que, desde cierta perspectiva, no despertó la participación de tropas superdotadas o entusiasmadas, las cuales, seguramente, lidiaban en la península por ideas más difundidas que la potestad de una corona autocrática: ambas desaparecen conjuntamente del panorama político. Cuando se interroga al novelista sobre el porvenir, cree convencido que «la emancipación de América señala la apertura de una nueva Europa con energías renovadas» (Cimorra, 85) y, culminando su vida, el pesimismo sobre España lo propulsa a idealizar las lejanas ex-colonias: «Esos son países fuertes; la Argentina, Brasil, Chile, el Uruguay, son países jóvenes donde hay vida. Aquí está todo muerto, aquí tiene que haber una gran catástrofe o esto desaparece por putrefacción» (Bueno, 86-7). Palabras similares usa su pitonisa de ficción, Mariclió, en *Cánovas*, escrita en 1912, fecha del reportaje.

Sus declaraciones dependen de una biografía inequívoca: al nacer Galdós (1843), el dogma del Imperio ha caducado y lo único que poseerá América es un relente de indios prósperos, como un hermano que vuelve del Caribe y será silueta recurrente en sus narraciones; pese a actuar como diputado sagastino por Puerto Rico sin jamás haber pisado la isla (Sáinz de Robles, XLIII) y publicar más tarde artículos en *La Prensa* de Buenos Aires, este infatigable turista conoció toda Europa pero nunca cruzó el Atlántico. Detalle que le permitirá una lectura al soslayo, bucólica o romántica de este lugar del planeta. Esporádica y catalizadora de otras

reflexiones españolas, tanto como la menguada crítica existente sobre el particular (Cf. Del Río).

Básicamente, América en Galdós es un topos bidireccional:

1) **Tierra de fuga y refugio**, para aquellos responsables de sonados desfalcos o fraudes: el habla castellana en naciones configuradas independientes proporciona doble ventaja fuera de toda persecución o extradición (los casos de Federico Cimarra en *La familia de León Roch*, 1878 -el personaje resurge en *El amigo Manso*, 1882- y Arístides García Babel en *Angel Guerra*, 1891);

2) **Tierra de oportunidades**, como lo será míticamente para una segunda inmigración italo-española de las postimerías decimonónicas y principios de siglo. Galdós registra la primera, de los años 1840-50 -se conjetura verosíblemente que al Río de la Plata, por ejemplo, recalca hacia la época de Rosas (Wilde, 28)-, que se priva del **contexto**, tachado de hipócrita, inquisitorial o anacrónico (José María Manso en *El amigo Manso* y Agustín Caballero en *Tormento*, 1884). A veces, eventualmente, puede ser meta aventurera robinsoniana (Agapito García Babel en *Angel Guerra*).

Los caracteres de estos inmigrantes difieren bastante de los **cocoliches** del **mezzogiorno** afincados especialmente en Sudamérica, y de los propios españoles fugitivos de la desigualdad económica latifundista en las primeras décadas del siglo XX. Los personajes **indianos** que maneja Galdós son **burgueses**, «**artífices, jornaleros y profesionales**» (Pérez Amuchástegui, 390-2), que claman por libertad (Caballero) o impunidad, su forma bastarda (Cimarra), y no campesinos incapacitados por el régimen caciquil vernáculo para llegar a ser dueños de una tierra, además, agotada, como la de Galicia. Tampoco son, claro, operarios manuales o industriales, cuyo status específico en la comunidad y su progresiva agremiación como proletariado se verifica recién en 1880

-recordar al «obrero-sol» catalán Juan Bou y su jactancia autossuficiente y foquista en **La desheredada** (1881)-.

Agreguemos que en toda su novelística, Galdós excluyó al criollo, o latinoamericano nativo.¹ Las razones históricas para este explicable hiato parecen casi obvias: España no era entonces la **meca cultural** de los intelectuales ni de las juventudes progresistas de nuestro continente, no por rencores patrióticos ya superados sino por un muy subcutáneo prejuicio contra su nivel científico y tecnológico, supuestamente inferior al «europeo» (léase Francia y Gran Bretaña); **indianos** no significa **nacido en las Indias** sino retornantes de ellas. El realismo lingüístico y lexicológico galdosiano, a su vez, no conoció **in situ** los modismos regionales, que suelen desbordar sus textos cuando provienen de los cantones españoles: sin contexto alguno del Nuevo Mundo, incluso los **indianos** adolecen de esas inflexiones discursivas, no comprobándose una mínima **aculturación** («**adecuación del gringo a la cultura (americana) tradicional**» P. Amuchástegui, 437).

1) y 2) arriban a la misma conclusión: América, Canaán provisorio, nunca estación final de una partida sino simple reservóreo de libertad para quienes carecen de ella en la sociedad española, o buscan la protección del anonimato como extranjeros que necesitan el extrañamiento por delitos cometidos, cuyo regreso está sujeto a prescripción. No nos otorga Galdós claves para suponer en América un mejor desempeño administrativo liberal que viabilice mejor que bajo los Pirineos una realización personal; todo indica que pudo ser África u Oriente ese lugar de exilio programado, cualquiera donde logre esconderse un pasado y edificar una fortuna por medios lícitos o non-sanctos. Incluso, a veces la maniobra criminal sucede en América, como en Arístides, que debe huir de Cuba a Costa Rica (1982: 29). Un país cercano, pero no limítrofe, permite la misma suerte: Joaquín Viera, responsable de la quiebra fraudulenta de una Compañía de Seguros apodada «La Humanitaria» (sic), que «a-

rambló con los ahorros de una generación"» (La incógnita: Galdós 1980, 1153) se aleja a Inglaterra, como se sabe, para el escritor modelo político (Ballantyne, 335). Resulta significativo que el indiano Caballero, ya concubino de Amparo en *Tormento*, decida emigrar a Burdeos en vez de volver a América. Para Galdós, Europa sigue siendo fuente de la renovación española, como lo hace notar Llórens (123-4) cuando ve en el Ferrocarril del Norte el puente hacia y desde el progreso. Santiago Ibero y su mujer, en el «episodio» *La de los tristes destinos* (1907), acabarán por huir a «Europa», descontentos con la España intolerante, mojigata y formalista de los neocatólicos y ultraconservadores.

De todos modos, cualquiera sea el caso que se examine, los emigrantes galdosianos reflejan una América -en el momento de la escritura-, primitiva, cuasi salvaje y poco recomendable como residencia para el Hombre Civilizado. La pintoresca *fauna* (humana y animal) que literalmente *invade* el apacible sedentarismo de Máximo Manso, con su hermano *parvenu* y su familia cholula y derrochadora, con pintorescas costumbres de Antillas soleadas y jubilosas dan pábulo a entender una óptica *colonialista* en estado natural, de español tradicional cuya mansedumbre urbana es alterada notoriamente por una tribu de *sudacas* implumes. No se ve desprecio, pero sí la percepción de una *otredad* manifiesta,² mestiza y ruidosa, con formidables problemas de asimilación (obsérvense los trastornos que la desprevenida prole produce ante el frío inclemente de Madrid (1986: 1206-9), hasta un sinsonte muere en cautiverio y otro pájaro exótico se vuela, símbolos definitivos de una *crueledad* ambiental y su imposible aceptación).

Con respecto al indiano, el suelo de América no introduce en su ser excesivas modificaciones. Curte la epidermis de José María: «(S)u cara era de color de tabaco, rugosa y áspera, con cierta transparencia de alquitrán » (1205) o inyecta una asocial rusticidad en Caballero, por su exiguo contacto con el Madrid de las maneras elegantes que aban-

donara quince años atrás, y cuya colisión en el presente ocasiona un desajuste relacional y ético: «El hombre nace, y la naturaleza y la vida lo hacen A mí me han hecho como soy el trabajo, la soledad, la fiebre... la sierra de Monterrey, el río del Norte y la pútrida costa de Matamoros», y termina: «Cuando se ha endurecido el carácter, como los huesos.... es imposible volver atrás» (Galdós 1980, 24-5). Por lo demás, José María (Manso) trae consigo bríos de *nouveau riche* que desea recuperar el tiempo perdido y labrarse un *status* dandy, carácter de otros tantos burgueses galdosianos, no necesariamente indianos.

La pregunta que formula Agustín comporta el drama vital de todo expatriado, y el de su colectividad de regreso: «El mismo derecho que tiene esta sociedad para decirme: «¿Por qué no eres igual a mí?», tengo yo para decirle a ella: «¿Por qué no eres como yo?» (íd.).

2) El exilio y el reino: hacer la América

En los *Episodios*, contrariamente a lo previsible, América se desvanece, excepto cuando en la *cuarta serie*, la política exterior metropolitana reinicia las hostilidades contra sus ex-colonias acompañando mercenariamente el proyecto imperial de Francia en manos de **Napoleón Le Petit**: «Un imperio en México, ¡qué bonito! La bandera tricolor plantada en el árbol de la «Noche triste», ¡qué teatral!» (Prim, III, 555).

La empresa bélica española en América fue un error histórico, animado por el cuestionable triunfo fortuito de un ejército inorgánico contra otro aún peor, mal pertrechado y anacrónico, el marroquí (acción registrada en **Aita Tettauen**, 1904-5), que presentara pobrísima resistencia. Con la estratégica finalidad de soldar las discordias nacionales en el arbitrio común de una guerra, O'Donnell pretende reiterar el

éxito que fortaleciese su segundo gobierno (1865-6) y lo catapultara a retomar la iniciativa y el liderazgo en momentos de descontento general. En Perú, un **coup d'etat** contra el poder filohispánico, a su vez enfrentado al chileno, instala la excusa para el intervencionismo, precedida por la captura española de las islas Chinchas, importante fuente de ingresos para el país andino (García Barrón, 111-112). Pero estos **quijotes** que sueñan reobtener la aprobación **incaica** a través de una fragata artillada caen de nuevo en la ridiculez y reestimulan la inquina: no sólo son vencidos sino humillados merced a su pésima logística en condiciones de navegación y vitualla. La vuelta al mundo que da la «Numancia» padecerá en su periplo las pestes, hambrunas y agotamientos que signara siglos atrás la infausta experiencia Magallanes-Elcano y otras avanzadas conquistadoras, de las cuales el texto galdosiano funciona como **parodia**. ««La vuelta al mundo en la «Numancia» se lee como una epopeya imaginada por locos» (Montesinos: II, 180) , y por eso en ella «todo acaba pareciendo emblemático», tal cual estudiaremos seguidamente.³

Diego Ansúrez, marino, vástago de un clan «celtíbero» en el que Galdós representa la sustancia del **volkgeist** hispánico, busca a su hija Mara, que ha conocido en Madrid a un joven peruano, Belisario, fugitivo de la autoridad paterna. Mara huye a Lima con su enamorado burlando la vigilancia de Diego -quien la enclaustró en un convento- y éste, entonces, se alista en la flota para ir a su encuentro, que sin embargo se efectivizará **de regreso**, en España, donde inesperadamente la pareja en compañía del hijo recién nacido, recibe a Ansúrez. El corolario del texto, en las palabras del marinero veterano, tiene un inconfundible sabor a **moraleja**: «(C)uando a uno se le pierde el alma, tiene que dar la vuelta al mundo para encontrarla» (III, 536).

El viaje **real e iniciático** combina las coordenadas individual y nacional. La **anagnórisis** del protagonista mismo en un extranjerismo programado que le devuelve su verdadero ser y su dicha, se enlaza al símbolo vivo del matrimonio mes-

tizo que sintetiza la posibilidad de terminar los conflictos domésticos y fratricidas (Rodríguez, 148). Mara (Mariana) es España, purificada y transformada por su enlace con el peruano rebelde; ambos en Lima se harán antiespañoles, y ambos han confrontado con sus respectivos padres nativos para luego reconciliarse. El bebé, como en *Gloria* (1876-7) y posteriormente *El caballero encantado* (1909), pasando por *Fortunata y Jacinta* (1886-7), encarna la superación de las disputas nacionales, ideológicas o de clase. Y los dos personajes masculinos del triángulo, Belisario y Diego, sendas formas de **romanticismo** con una sola raíz cultural castiza, porque romántico y folletinesco es el raptó **sabinesco** de Mara, por el peruano, que la sustrae del convento, y romántica la audacia de Diego que en su rescate circunvala la Tierra. «(C)uando España arroja de sí el romanticismo, América lo recoge... España coge su rueca y se pone a hilar el pasado; tu hija hila el porvenir en rueca de oro» (489).

El desembarco de los españoles en distintas playas del mundo obliga a Galdós a dotarse de información, regularmente de segunda mano y sin entrar en detalles, como se verifica en la incursión a Perú (García Barrón 116-7).⁴ Su imagen de los indios vuelve al prisma **colonialista**, incluso en el encomio a los **patagons**, pregonados por «su estatura gigantesca y por la mansedumbre y nobleza de su barbarie» (473); no dejan de ser ridiculizados al trepar a bordo. «Así fuimos» dice **darwinianamente** un tripulante, pues un aborigen «representaba la primitiva animalidad de nuestro linaje» (474-5); su habla mezclaba «la modulación y el léxico de las cotorras y de los ásperos aullidos de los monos mayores» aunque, bien visto, la mayor ignorancia parece ser de los españoles: «Fácilmente repetían las voces españolas; pero las de ellos no había boca cristiana que las reprodujera» (475), y sus mujeres «hembras animales más que mujeres» (í.d.). El intercambio termina como empezó la Historia: los indios ebrios y grotescamente ataviados «con los guiñapos europeos», o sea, los legendarios espejitos. Para el **cholo** pe-

ruano no se vierte mejor retrato: «Fosco y sombrío, el indio no desmentía la condición suspicaz de su raza humillada y decadente» (487) y apenas se compadece de su pobreza, «desmedrada catadura» (488) que inspira lástima y temor a un tiempo.

Galdós, en resumen, a la distancia sólo comprende lo que reconoce propio: «A cada instante surgía la «Anagnórisis», o sea el descubrimiento y declaración de parentesco» al recorrer e identificar la arquitectura (482), y «Prueba plena del parentesco daban los valientes americanos con su afición al juego de la guerra civil» (467). La intromisión en los países coloniales es el craso desliz imprudente de una «madre ingrata» contra su «hija, herida y maltrecha (por) los crueles disciplinazos» maternos (513). La expedición zozobra y con ella otra desafortunada política del imperio incapaz de rehabilitarse: «Acá nos han mandado para que cantemos una oda en el Pacífico. Los americanos han respondido con otra canción.... Ahora España envaina sus versos y se va.... a la casa paterna, donde también habrá, cuando llegemos, poesía a todo pasto» (521).

Es que España no tenía, dentro o fuera, objetivos claros. Excepto «abandonar los principios de la historia nueva para reanudar una historia concluida»(513).

NOTAS

¹. Excepto en la esposa y en la criada de José María Manso, donde menudean vocablos de origen con función cómica, suerte de gags verbales (Cf. Galdós 1986, 1207). Más tarde, en su comedia *El tacaño Salomón* (1916) retoma el tema del indiano enriquecido que vuelve a España para beneficio de su sociedad, esta vez procedente de Buenos Aires. El desconocimiento del «dialecto nativo» se comprueba, sin embargo, cuando el dramaturgo acota «Crucita imita el acento argentino» y dice el personaje «Qué lujo gastáis (sic) niña» (Galdós 1942, IV: 1357).

² «Lica (que este nombre daban a mi hermana política) traía un vestido verde y rosa, y el de su hermana era azul, con sombrero pajizo. Ambas representaban, a mi parecer, emblemáticamente, la flora de aquellos risueños países, el encanto de sus bosques, poblados de lindísimos pajarrecos y de insectos vestidos con todos los colores del arco iris» (1205).

³ España se halla a distancia de América desde el reconocimiento a su independencia, pero desde 1826 con Fernando VII convivieron tres actitudes. La intransigente, se empecinó en reconquistar las colonias por la fuerza; la utópica soñó con hacerlo mediante planes persuasivos oficiales o particulares (incluso hasta 1845), y la «actitud generosa», finalmente, se inclinó hacia la franca y dilatada aceptación de su soberanía y la firma de acuerdos de paz y cooperación (Delgado, 258-260).

⁴ Otro tema vinculado a América es la influencia de Galdós en las letras iberoamericanas, que no se sintió hasta el fin de siglo, cuando reciben su impronta, por ejemplo, los novelistas históricos mejicanos (Rafael Delgado, José López-Portillo, Emilio Rabasa y Victoriano Salado-Alvarez, este último autor de los Episodios Nacionales Mexicanos, 1870 y años siguientes). Lo mismo ocurrirá en Argentina, en el terreno novela histórica, con Manuel Gálvez, discípulo lejano. En realidad, toda gravitación hispánica en América es reducida: incluso en el género consagrado llegaron a ser populares antes Dumas y Scott.

OBRAS CITADAS

- Amor y Vázquez, José. «Galdós en las letras mejicanas: apuntes» Actas del 2do. Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. Tomo II. Las Palmas: Excmo. Cabildo Insular, 1980, 35-68.
- Ballantyne, Margaret A. «Índice de la Revista de España bajo la dirección de Galdós» Hispania 73, 2 (1990): 332-344
- Bueno, Javier. «Entrevista con Galdós». Ed. Douglass M. Rogers: Benito Pérez Galdós, el escritor y la crítica. 2da. ed. Madrid: Taurus, 1979, 85-8.
- Clemente Cimorra. Galdós. Buenos Aires: Nova, 1947.
- Comellas, José Luis. Historia de España moderna y contemporánea, 1474-1967. Madrid: Rialp, 1975.
- Del Río, Angel. «Notas sobre el tema de América en Galdós» NRFH XV, 1-2 (1961).
- Delgado, Jaime. «La independencia». Delgado/Morales Padrón/Navarro García: Gran Enciclopedia de España y América. Tomo V: Desarrollo, Independencia. Siglos XVII a XIX. Madrid: Espasa Calpe/Argantonio, 1984, 255-302.

Fernández Montesinos, José **Galdós** 3 volúmenes. 2da ed. Madrid: Castalia, 1980.

García Barrón, Carlos. «Fuentes históricas y literarias de La vuelta al mundo de 'La Numancia' » *Anales Galdosianos* XVIII (1983) : 111-124

Llorens, Vicente. «Galdós y la burguesía», *Aspectos sociales de la literatura española*. Madrid: Castalia. 1981, 105-124

Pérez Amuchástagui, A.J. «La mentalidad del gringo», *Mentalidades Argentinas (1860-1930)*. 2da ed. Buenos Aires: EUDEBA, 1970, 381-475.

Pérez Galdós, Benito. **Episodios Nacionales**. 3 volúmenes. Madrid: Aguilar, 1941-5.
Novelas Españolas Contemporáneas. Tomo I. 4ta reimp. Madrid: Aguilar, 1986.

Novelas Españolas Contemporáneas, Tomo II. 3era. reimp. Madrid: Aguilar, 1980.

Novelas Españolas Contemporáneas. Tomo III. 3era. reimp. Madrid: Aguilar, 1986.

Novelas Teatro-Cuentos-Miscelánea. Tomo IV. Madrid: Aguilar, 1942.

Rodríguez, Alfred. *An introduction to the 'Episodios Nacionales of Galdós'*. New York: Las Américas Publishing Company, 1967.

Sáinz de Robles, Federico Carlos. «Don Benito Pérez Galdós. Su vida y sus obras» **Episodios Nacionales**. Tomo I. Madrid: Aguilar, 1945, III-XCV

Wilde, José A. «Negros y gringos de antes» Ed. Pedro Orgambide. **Gringos y Criollos**. Buenos Aires: I.M.F.C. 1992, 25-30.